



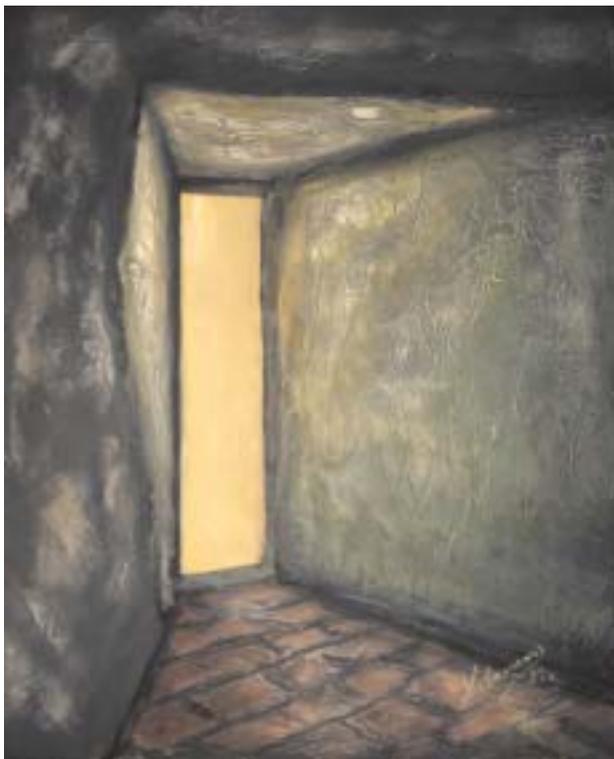
Ilustración

MIRTA NOEMÍ CAMEÁN

(Artista plástica argentina contemporánea, nació en Buenos Aires)



"Desierto"
Acrílico sobre tela



"Detrás del muro"
Acrílico sobre tela

Encontramos en la comprensión de la obra de Mirta Cameán dos aspectos que, si bien obedecen a una misma visión existencial, parten de los ángulos diferentes del impresionismo y del expresionismo. Son aquellos que se ofrecen desde lo externo a través de los sentidos y el que se origina desde la introspección. La primera apreciación es puntillosa, detallada. Se valora en la identidad de lo representado. La segunda es un interrogante gutural. Un grito de colores que se constituye sin forma definida, que arranca desde las vísceras, que emerge pleno de simbología. Un mensaje que no se descifra dentro de un contorno definido. Necesita respuestas místicas. Son las que portan un fervor que no se evade de la fe. La interrogan. El arte es una búsqueda filosófica. No es sólo una representación circundante, también acude al hallazgo de la sustantividad imperecedera. De pronto, en la pasión de Cameán, las resoluciones extravían a las figuras. Se inmiscuyen en la densidad de los pigmentos para generar un vocablo que adolece de sílabas, pero indudablemente corre a la interpretación del *ser*.

Estas dos vertientes están entrelazadas en la obra de la artista. Hay un detalle que nos transporta a las analogías. Ineludibles análisis para comprender a los creadores. Las figuras espaciales de Cameán tienen un claro derrotero de carácter horizontal. Copian al ojo en la amplitud extendida del confín. En cambio, cuando se introduce en el desarrollo espiritual de su temática –y el dibujo troca en color– la trascendencia que le impone a la reflexión se convierte en un haz vertical. Ascende hacia las alturas, donde yacen el enigma y la utopía. Hay similitudes en esta apreciación.

Los rostros ovales de *El Greco*

Me encamino hacia esa expresión vertical de Cameán y del pintor nacido en Creta y muerto en Toledo (1541-1614), *El Greco*. (1) Su producción, si bien no se amparaba en lo abstracto, estaba impregnada de lo místico. Tarde lo valoramos de adelantado en posiciones vanguardistas. Las figuras y los colores de *El Greco* se consumen llameantes hacia las alturas. Sus rostros ojivales no son la impronta de una deficiencia ocular. Hubo en el análisis pictórico de su obra una reducción impropia del valor de su arte y misticismo. Una explicación inadecuada hacia la neurosis o una

enfermedad óptica. Si no, ¿por qué sus niños pintados están dentro de la normalidad? (“*La Sagrada Familia*”, “*San José y el niño*”). En realidad, sus almas adultas transgreden la tierra para indagar a los dioses y los cielos. En esta estrategia halló la percepción humana del abismo. Esas representaciones encierran mucho más que un alargamiento vertical. Implican los ojos azorados, la impavidez de las facies, la exclamación silenciosa en la posibilidad de dar cuenta de su posición mística en el siglo XVI. Esta interpretación también la hallamos en María Leticia Díaz Soto de Mazzei (2) “... *personajes que han llegado a un alto grado de vida intelectual, que se traduce en esas caras angulosas, macilentas, de mirar penetrante, que denotan el alto grado de espiritualización, de desapego a la carne, al mundo y a sus pompas*”. En Mirta Cameán, los trazos se vuelven tonos detrás de las formas. Representaciones amorfas incendian los lienzos hacia lo alto, haciendo claro el interrogante de la artista. Ella divorció las formas del color. Aquel pintor cretense las conjugó. Pero ambos nos ingresan en la indagación. Mirta Cameán a través del *caos*, *El Greco* sin dejar el *orden*.

Las torres de las iglesias

Las iglesias conmueven. Son signos de interrogación erigidos por el hombre hacia lo desconocido, extendidos al abismo del infinito. Son preguntas sin respuestas. Sus cúpulas hacia el cielo, penetrando el vacío, buscan empujarse al hombre, en favor de un dios que desde siempre fue indagado en las alturas. Sencillemente porque el hombre discernió que para ser dios se debe estar en un lugar inaccesible, por encima del universo que lo contiene. El demiurgo creado por el hombre ha sido siempre intrigante. Lo que se esclarece pierde el perfil supremo, es transformado rápidamente en el fango cotidiano y vulgar. Así son las iglesias. Reflejan las requisitorias de los humanos con monumentos suntuosos y opulentos. Todos ellos enfocados hacia lo alto, mostrando a un supremo que se les avizora poderoso, hasta el punto de temer sus castigos. Me pregunto si no deberían los brazos hacia el cenit de las iglesias señalar hacia la tierra, en un homenaje al drama conocido del hombre y en claro signo de rebeldía a su situación. Deberían ser un exhorto hacia las vidas, una evidencia de los hombres referida a los dioses en una confrontación a la imprudencia de la Creación.

Nadie está tan solo como los que sufren el destierro y los que concurren en horas inusuales a las iglesias. Estos últimos arrastran una soledad infinita, un abismo que justifica el hueco desproporcionado que albergan los templos, los cuales en su amplitud parecen siempre desiertos. En realidad no lo están, per-

manecen ocupados por la desesperación de los feligreses, por su sumisión a lo desconocido. Las iglesias se hallan vacías, pero están llenas de soledad.

Nada produce tanta compasión como la unción del que concurre solitario a encontrarse con un altar del templo. Esclavizada su expresión con los ojos en éxtasis y el reflejo del ícono en el fondo de la pupila. Con el rostro fijo, inmóvil, inclinado en estado de imploración extrema, a la espera de algún mínimo mensaje que lo aliente. Las manos cruzadas apuntando hacia lo alto, asemejando la requisitoria de las cúpulas de la iglesia. Nada produce tanta conmiseración como ese hombre hincado, sujeto sin otras alternativas a mandatos misteriosos o el azar más incierto e inexplicado. La soledad que traduce esa imagen es la que yace en el interior del hombre a partir de su creencia en la expulsión del Paraíso, cuando Dios lo privó de la inmortalidad.

La otra soledad extrema es la de los que se sienten desterrados. Les han sido quitados sus orígenes. El hombre no sabe vivir sin el ayer, el cual, como una brújula, le enseña el trayecto. Necesita de la memoria para habitar el futuro. Cuando se lo aleja de su geografía o es separado de su entorno, el hombre pierde identidad. Percibe que extraña el nacimiento. Una soledad floreciente lo invade hasta los límites más alejados del horizonte de su *cuerpo-alma*. El desarraigo le quita el hoy. Es estar en el sitio donde no está. Separa la carne del espíritu. Éste se queda en las instancias de lo vivido, inmiscuido de la historicidad, mientras que el cuerpo se aposenta en la materialidad presente, como un fantasma erradicado, sin entender lo que acontece.

Persigo paralelos. Voy rescatando los mensajes que dejó el hombre en su desenfreno por la deidad. Esos rostros ovales, esas llamas cimbreadas. ¿Y esas torres picudas como extremidades de naufragos que ostentan las iglesias? Comprendo porque subyugan. Los monasterios son horizontales. En ellas la “acedia” revela la congoja del ser en el convencimiento. Las iglesias, profundamente verticales, ostentan un silencio diferente. Un silencio agresivo similar al de los cementerios, el de la interrogación. Así son sus cúpulas orientadas al infinito. Así la ascensión de los trazos en los artistas.

Jorge C. Trainini

1. Calvo Serraller, Francisco. *El Greco*. Madrid: Alianza Editorial; 1995.

2. Díaz Soto de Mazzei, María Leticia. *La Historia de la Medicina y el Arte*. 2ª ed. Buenos Aires: El Ateneo; 1978.